

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE CIENCIAS DE LA INFORMACIÓN

Grado en Publicidad y Relaciones Públicas

Trabajo Fin de Grado



REPRESENTACIÓN EN LA NOVELA “DULCE HOGAR” DE LA MUJER EN LA SOCIEDAD AMERICANA DE LOS AÑOS VEINTE, Y SU RELEVANCIA EN EL SURGIMIENTO DE LOS GRANDES ALMACENES.

PRESENTADO POR:

ISABEL GARCÍA MAROTO

BAJO LA TUTORIZACIÓN DE:

Prof. Jose Manuel Mora Fandos

Departamento de Literaturas Hispánicas y Bibliografía.

Calificación obtenida: 9'5

Madrid, 4 de junio del 2021

RESUMEN

Este trabajo se centra en el estudio de la representación en la novela “Dulce hogar” de la mujer en la sociedad americana de los años veinte, y su relevancia en el surgimiento de los grandes almacenes. Se realiza a través de un análisis de la novela “Dulce hogar”, de Dorothy Canfield Fisher, escrita en 1924, y se compara la representación de este momento concreto de la historia a través de su trama y fuentes bibliográficas externas.

ABSTRACT

This study focuses on the representation in the novel "The Home-Maker" of women in American society in the 1920s, and its relevance to the rise of department stores. It is done through an analysis of Dorothy Canfield Fisher's novel "Home Sweet Home", written in 1924, and compares the representation of this particular moment in history through its plot and external bibliographical sources.

ÍNDICE:

Introducción.....	1
Metodología.....	1
1. Arco de transformación.	3
2. Contexto histórico.	9
2.1. Contexto histórico general.	9
2.2. Contexto histórico de la mujer en el trabajo.	10
2.3. Historia de los grandes almacenes y el trabajo de las mujeres allí.	13
3. Contexto histórico de la autora y relación de su vida con su obra.	23
4. Conclusiones.....	28
Bibliografía.....	31

INTRODUCCIÓN

Hay muchas variables que explican por qué la mujer sigue teniendo una posición subordinada al hombre en la actualidad en muchos aspectos de la vida cotidiana. En este trabajo se abordan cuestiones como los roles de género o la emancipación de la mujer a través de la actividad profesional fuera del hogar mediante una investigación de referencias bibliográficas y el análisis del libro “Dulce hogar”, de Dorothy Canfield Fisher. Concretamente, este trabajo estudia el papel de las mujeres en los grandes almacenes en la cultura americana en los años 20 y su representación en la novela.

En cuanto a la motivación para realizar este TFG, buscaba un algún libro que permitiera unir la literatura con un tema que me interesara, y en conversaciones con el tutor fue sugerida esta obra, puesto que además de ser literatura de calidad, se consideró que su trama está directamente relacionada con el grado de Publicidad y Relaciones Públicas.

METODOLOGÍA

El desarrollo del trabajo se divide en tres partes, siendo la primera un análisis de la novela “Dulce hogar”, de Dorothy Canfield Fisher, la segunda un estudio sobre los grandes almacenes en Estados Unidos durante la década de 1920, y la tercera una investigación sobre la biografía de la autora de la novela, y su relación con la temática que trata en su obra. Se emplea para esto una combinación de análisis textual y revisión bibliográfica.

En cuanto al libro en el que se apoya este trabajo, aunque se hace un análisis general de la trama y el conflicto de todos los personajes, se focaliza sobre todo la trama de la protagonista femenina de la novela, puesto que es la que más está relacionada con el surgimiento de los grandes almacenes. Además esto conducirá al análisis del nudo de la

novela, en el que se debate por qué surge el conflicto, qué consecuencias acarrea, cómo cambiará esta la relación entre los miembros de la familia, etc., y su conexión con la actualidad.

A raíz de la lectura, comprensión y análisis del libro surgió la motivación de tratar el tema del surgimiento de los grandes almacenes, y el papel de la mujer dentro de ellos. Para estudiarlo se empleó el método de investigación de la revisión bibliográfica, recopilando fuentes de información ya existente sobre esta materia, y haciendo relaciones entre ellas para ofrecer un análisis más específico y contrastado. Entre las que se recogen en la bibliografía, destacan dos: el libro “Counter Cultures: Saleswomen, Managers, and Customers in American Department Stores” de la profesora Susan Porter; y el artículo “Negotiating Paternalism: Women and Canada's Largest Department Stores, 1890-1960”, de la profesora Donica Belisle.

Cabe señalar que debido a las limitaciones formales del formato del TFG y la extensión del tema tratado en el segundo apartado del trabajo, no se pretende realizar una investigación en profundidad de cada uno de los sub-apartados que contiene, sino más bien una relación de los aspectos más destacados de ellos con la trama de la novela.

1. ARCO DE TRANSFORMACIÓN.

Este es un libro acerca de ejercer la individualidad frente a lo que la sociedad dicta. “Dulce hogar” trata del cambio, de las relaciones de familia, de los propósitos de vida y los roles de género dentro de un desafío a escala doméstica.

El hogar al que se refiere el título de la novela es el conformado por la familia Knapp, compuesta por el señor Lester Knapp, la señora Evangeline Knapp y sus tres hijos: Helen, de trece años, Henry, de once años, y Stephen, de tres. Cronológicamente, la novela se sitúa a principios de la década de 1920, y geográficamente, en un pueblo del norte de Estados Unidos.

Aunque durante toda la novela la figura del narrador será ejercida por la mayoría de los personajes que la conforman, saltando del punto de vista de unos a otros de una forma muy orgánica, y consiguiendo que el lector comprenda la forma de pensar de cada uno muy fácilmente, la acción empieza a ser contada desde la perspectiva de la señora Knapp. Evangeline Knapp es una mujer muy vivaz, enérgica, práctica e inteligente, que sometida por las rígidas costumbres sociales que dirigían su época (y que en buena medida, continúan siendo vigentes hasta la nuestra), es obligada a permanecer en su hogar siendo ama de casa y la encargada de cuidar de sus hijos, mientras su marido trabaja fuera y lleva el sustento al hogar. Sin embargo, debido a su carácter, esta forma de vida la ahoga y frustra, provocándola un gran sufrimiento, que se afana en ocultar, tratando de ser la esposa, madre y ama de casa perfecta. Aunque las demás mujeres de su pequeña comunidad la reconocen como tal, mostrándola su admiración y respeto, y considerándola si no una líder, sí una figura de referencia, ella no puede soportar más tiempo su condición. Buena parte de esta frustración viene dada por sus hijos, a los que impone su perfeccionismo e impaciencia. A pesar de sentir por ellos el afecto propio de

las madres hacia sus descendientes, su imposibilidad de llegar a las exigentes expectativas en cuanto a comportamiento que tiene con ellos, unido a la diferencia de carácter entre los dos mayores y la madre (los niños son más tímidos y sosegados) y, paradójicamente, la similitud entre el de ella y Stephen (que provoca que choquen en violentas disputas con frecuencia), hace que no mantengan una buena relación. Como apunta el marido en una de sus reflexiones: “Lester nunca había dudado de que su mujer quisiera a sus hijos con toda la pasión de su fogoso corazón, pero a veces le venía a la cabeza que no le gustaban demasiado...” (Canfield Fisher, 1924: 66). En otro pasaje, Lester reflexiona acerca de que por la naturaleza fuerte y enérgica de su mujer, impaciente por acabar pronto todas las tareas que se proponía; criar a sus hijos, y el trato con sus personalidades inmaduras y en proceso de creación, en comparación con la suya, muy amueblada, era una tarea que irremediablemente la desquiciaría. Como consecuencia de esta actitud exigente, y sin pretenderlo intimidante, los hijos de Evangeline la procesan un cierto miedo, sobre todo Helen y Henry, y ninguna de las partes conecta verdaderamente con la otra, lo cual es otro elemento añadido a la frustración de la madre.

Por otro lado tenemos a Lester, el padre de la familia, y el personaje con más fragmentos narrados desde su punto de vista de la novela, y en mi opinión, el más profundo y mejor construido. Desde el principio de la historia, personajes ajenos a la familia dicen al lector su parecer sobre el señor Knapp, coincidiendo todas las valoraciones en ser negativas, y dedicándole adjetivos como pasivo, pusilánime... Por ello es más sorprendente descubrir desde su punto de vista, su verdadero carácter, reflexivo y muy inteligente, y con un particular sentido del humor. Es un personaje con un amplio mundo interior, y que acaba enganchando al lector en el hilo de sus pensamientos. Por las convenciones sociales que antes se mencionaban, es el encargado

de sostener económicamente a la familia. Trabaja como contable en los grandes almacenes del pueblo, y lo detesta con toda su alma, su verdadera pasión es la literatura y la poesía, que a menudo recita mientras está inmerso en una de sus reflexiones. Es muy crítico con el consumismo, y lamenta no tener más tiempo para dedicarlo a la crianza de sus hijos, a quienes adora, aunque confiesa que no los conoce muy bien. Además, se siente culpable de no haber ascendido nunca en su trabajo, y no poder dar a su familia mejores condiciones de vida (pertenecen a la clase media-baja).

Sin saberlo es el encargado de iniciar el arco de transformación que sufrirá su familia: un día que vuelve especialmente deprimido del trabajo cae al ayudar a apagar un incendio en el tejado de su vecina, y pierde la movilidad en las piernas, lo que le obliga a quedarse en casa. Es Evangeline la que finalmente debe encontrar trabajo, y lo hace en los grandes almacenes donde estaba su marido de empleado, aunque el astuto dueño del negocio distingue automáticamente su potencial para el departamento de ventas, y es allí donde empieza a trabajar, como reponedora al principio, y subiendo rápidamente en la escala jerárquica.

A partir de aquí, buena parte del libro transcurre en dos senderos bastante separados que no se encuentran muy a menudo, hasta el final: por un lado está la historia de Evangeline, muy ligada a los grandes almacenes, en la cual está muy presente también el punto de vista como narrador de su jefe, el señor Willing, que ofrece al lector su manera de hacer negocios, y lo que piensa sobre su establecimiento y sus empleados. Esto se explorará más en el segundo punto de este trabajo. Sobre lo que sí merece la pena concentrarse aquí es en el cambio que experimenta Evangeline. Esta, al contrario de su marido, encuentra en los grandes almacenes (y más en concreto, en la venta) su verdadera pasión, y el lugar donde desarrollar todo su potencial. La frustración y todos los sentimientos negativos que le suponían la dedicación al hogar desaparecen, y son

sustituídos por autorrealización y entusiasmo. Este cambio, por supuesto, afecta a su familia, con la que empieza a sentir una mayor conexión, al crearse un ambiente mucho más relajado y sin los reproches ni regañinas anteriores. Sólo hay que ver cómo se refieren a ello en un pasaje del libro: “El “ahora” se refería al cambio que todos habían percibido en la madre, pero al que nunca habían aludido, ni si quiera de una forma tan indirecta como aquel “ahora”. A Helen se le había escapado por la emoción del momento. Lester hizo como que no se había dado cuenta” (Canfield Fisher, 1924: 210).

Por el otro lado, la historia de Lester, en la cual también se desarrolla la de sus tres hijos. Lester, de naturaleza más introvertida y reservada, no muestra tanto su transformación de cara a los demás como lo hace su mujer, pero no por ello el cambio que experimenta es menos grande. Cuando la recuperación del accidente se lo permite, Lester empieza a desarrollar su papel de responsable de la casa y los niños, algo que nunca había experimentado. Como su esposa, se adapta rápidamente a esta nueva vida, que le hace muy feliz, puesto que por fin tiene tiempo para educar a sus hijos, divagar en sus pensamientos, y leer y recitar poesía, cosas de las que durante años su trabajo en los grandes almacenes le había privado. Lester reflexiona sobre todo acerca de sus hijos y su crianza, la cual le apasiona. Principalmente, deja que estos desarrollen en su tiempo libre las actividades que más les interesen, y él se limita a darles pequeños empujoncitos para ayudarles a ir más allá. También se reflexiona en esta parte de la trama sobre los roles de género. Nos encontramos a múltiples personajes allegados de la familia Knapp que critican el papel del hombre en la casa (mucho más que el de la mujer en los grandes almacenes), sintiendo lástima unas veces de la familia, porque no confían en que Lester sea capaz de atender la casa; y otras, sintiendo rechazo a que un hombre se dedique a las tareas del hogar. Es paradigmática la ocasión en la que una familiar de los Knapp, la señora Farnham, ama de casa, y que de veras piensa que “las tareas del hogar

son la actividad más noble a la que uno se puede dedicar” (Canfield Fisher, 1924: 184), sin embargo se horrorice al ver a Lester haciéndolas. Ante ese rechazo el propio señor Knapp le responde las líneas más francas que aparecen en el libro acerca de los roles de género: “-Eva estuvo zurciendo durante años –dijo afectuosamente-, y hacía todas las tareas de la casa. ¿Por qué no lo voy a hacer yo? –La miró serio y continuó:- ¿Te das cuenta de lo que me estás diciendo Mattie Farnham? Me estás diciendo que, en el fondo, piensas que el trabajo del hogar es una tarea de poca monta, desagradecida y barata, por debajo de la dignidad de cualquiera que pueda dedicarse a otra cosa” (Canfield Fisher, 1924: 184).

Los pensamientos que un miembro de la pareja dedica al otro también cambian a lo largo de la trama. Desde el principio es indudable que se quieren mucho, pero la frustración de ambos en los roles que deben asumir también se manifiesta en las opiniones de uno del otro. Evangeline repite varias veces al principio de la novela que ella nunca haría un reproche del padre en voz alta, y menos delante de sus hijos (estoicismo del que se encuentra muy orgullosa), pero en su fuero interno el hecho de que Lester no haya ascendido nunca de puesto en su los grandes almacenes la disgusta, porque aspira a un modo de vida más desahogado del que lleva en ese momento. Por otro lado, Lester, que también se recrimina a sí mismo por la misma razón, se siente muy culpable y tenso cuando está en la presencia de su mujer, a la que siente que debe una profunda deuda por todo el trabajo que realiza ella por la familia. A raíz del accidente, Evangeline admira cada vez más el buen carácter y la amabilidad calmada de su marido, al que dedica palabras más positivas en sus pensamientos. Por su parte, Lester comprende entonces el sufrimiento en el que se encontraba ella encerrada en casa, intentando reprimir todo el caudal de su energía a diario, sofocándolo en cuatro paredes. Elogia su aguante durante todos esos años, y la buena labor que consiguió

desarrollar pese a todo. La relación de pareja por tanto, también sale reforzada de ese cambio.

Al final de la novela, la trama vuelve a dar un giro radical, cuando tanto Evangeline como Lester descubren (sin saberlo el otro) que él es capaz de caminar otra vez. Con ello peligra el modo de vida que llevan en ese momento, y que a todos les hace tan felices, puesto que sociablemente sería impensable que sin un impedimento de ese calibre, pudieran seguir realizando empeños que supuestamente pertenecerían al otro género. Todo se resuelve cuando en una revisión médica Lester miente a su doctor, negando que la recuperación haya tenido lugar, para que nada vuelva a como estaba antes.

Es asombroso darse cuenta de la poca evolución social que ha tenido lugar desde 1924, cuando se escribió “Dulce hogar”. Aunque no cabe duda de que ha habido avances, y que los roles de género no son tan estrictos como entonces, seguimos repitiendo la mayoría de los patrones que se mencionan en la novela, y todavía es una situación muy normal que el marido sea el que salga a trabajar fuera de casa, y la mujer se quede haciendo las tareas del hogar y cuidando a los hijos. O si ambos en la pareja trabajan, es más frecuente que sea la mujer la que si tienen hijos, pida una reducción de la jornada, o se tenga que ocupar, además de su trabajo, de la mayoría de las actividades relacionadas con el cuidado de los hijos y la casa. Esto además perjudica al desarrollo de la carrera profesional de las mujeres, a la que si no pueden dedicar tantas horas como los varones, porque tengan que compaginar, podrán desarrollar menos, por lo cual seguirá habiendo porcentajes de hombres mucho más altos en los puestos más destacados de las empresas, partidos políticos... Para que la sociedad avance los roles de género deberán de dejar de ser la lacra que ya eran en 1924, y permitir ejercer a cada uno aquello para lo que está más capacitado.

2. CONTEXTO HISTÓRICO.

2.1. CONTEXTO HISTÓRICO GENERAL.

La Primera Revolución Industrial tuvo lugar en el siglo XIX y convirtió a Estados Unidos en uno de los países más ricos y desarrollados del mundo. El país salió tan reforzado de la Primera Guerra Mundial que pudo encabezar la Segunda Revolución Industrial por su cuenta. Esta se apoyó en la tecnología y la creación de la cadena de producción al estilo de la diseñada por Henry Ford. La Segunda Revolución Industrial se basó en crear una producción y consumo más barato, rápido y abundante. En la década de los años veinte también surge una nueva cultura urbana, que formará la imagen de Estados Unidos que tenemos hoy en día: rascacielos, grandes almacenes, viviendas unifamiliares...

La economía estadounidense experimentó un gran crecimiento en la década de 1920, que a cambio de desarrollar enormemente al país, generó desigualdad entre los trabajadores del campo y los urbanos, y enormes éxodos de los primeros a las ciudades. Esta es una de las cuestiones sociales que Dorothy Canfield Fisher, la autora de “Dulce hogar” tratará en su vida y su obra.

Se crearon grandes aglutinados de empresas que resultaron en oligopolios, que además de otras consecuencias, contribuyeron a reprimir el movimiento obrero. Tiende a desaparecer el trabajo artesanal y el pequeño comercio es sustituido por grandes cadenas de distribución y grandes almacenes.

Los principales beneficiarios de estos cambios son las élites económicas y las clases medias, pero a medida que estos consumían todos los productos, duraderos o no, que necesitaban, el consumo quedó relegado a clases menos pudientes, y las ventas en

general disminuyeron. Este fue uno de los motivos que llevaron al país al desastre económico de 1929.

2.2.CONTEXTO HISTÓRICO DE LA MUJER EN EL TRABAJO.

La incorporación de las mujeres al mundo laboral a partir de la Primera Revolución Industrial fue una vía por la que pudieron alcanzar un cierto nivel libertad, bienestar social e individualidad antes impensable. Además se configuró un nuevo rol para la mujer, al sustituir el lugar de trabajo del hogar, a las duras jornadas de las fábricas. Se produjo una reivindicación orientada a la independencia económica, que facilitaba el trabajo asalariado, en las fábricas o en el sector servicios, que en el siglo XIX experimentaba un permanente crecimiento debido al florecimiento de las ciudades y el desarrollo tecnológico fruto de la producción industrial.

Durante la Primera Guerra Mundial la escasez de hombres, que formaban la fuerza productiva, junto a la demanda en aumento de productos bélicos (como trajes o armamento) hicieron que más de un millón de mujeres empezaran a asumir esos puestos, que se consideraban que estaban “fuera de sus capacidades”. Acabada la guerra los gobiernos se dispusieron a sustituir a estas mujeres con hombres otra vez, y muchas de ellas quedaron desempleadas, y a las que se mantuvieron les bajaron considerablemente el salario. A pesar de ello, la Primera Guerra mundial supuso un antes y un después para la emancipación femenina.

A lo largo del siglo XIX y gran parte del XX, la figura de la mujer trabajadora fue enormemente conflictiva, porque en ella se enfrentaban por un lado necesidades económicas (llevar un segundo sueldo a los hogares) y el hecho de ser una mano de obra barata, y por otro lado el mantenimiento del modelo de la mujer doméstica tradicional, junto a la ideología y las cuestiones morales que llevaba consigo. Se temía que si la

mujer realizaba trabajo fuera de la casa este resultara incompatible con el deber del cuidado del hogar, y la consiguiente desatención de las tareas familiares que eso conllevaría. En realidad, las mujeres con pocos recursos siempre habían trabajado, pero este trabajo se había llevado a cabo en pequeños talleres domésticos, o en casas de los patrones (siendo criadas o nodrizas, por ejemplo).

El problema que suponía la incorporación de la mujer al trabajo era doble: por un lado, por la independencia que les otorgaba realizar trabajo fuera de las casas, y por otro, por la competencia que significaba para los hombres, porque el ámbito laboral no les era exclusivamente propio ya, y porque los sueldos de las mujeres, más baratos que los de los hombres, provocaba una reducción en el de los varones también. Los prejuicios de la época acerca de la capacidad productiva de las mujeres (no se consideraba que su trabajo tuviera la misma calidad) junto a la creencia de que era el hombre quien debía encabezar el sustento de la familia, y el sueldo de las trabajadoras no era más que un complemento para el sustento principal de la familia, provisto por el hombre, resultaban en una significativa diferencia entre los sueldos de las mujeres y los hombres trabajadores. La esposa que no trabajaba se consideraba el ideal de respetabilidad de la clase obrera, y aquellas que sí lo hacían, o buscaban empleo, eran mal vistas. En cuanto a las hijas, se esperaba que trabajaran para contribuir a la economía familiar, pero solo hasta que se casaran. Por otro lado, los empleadores prácticamente solo contrataban a mujeres jóvenes y solteras, que se suponía que rendían y producían más, entendiendo nuevamente, que las mujeres casadas se debían dedicar íntegramente a la familia y no trabajar fuera de casa.

En un principio, los trabajos que realizaban las mujeres se correspondían con la continuidad de su trabajo en el hogar. Pero a raíz del desarrollo del comercio y el sector servicios, que generaron puestos como el de secretarias, telefonistas, vendedoras de

grandes almacenes, etc., esta situación fue cambiando. En Estados Unidos en 1870 el 50% de las mujeres que trabajaban eran criadas, en 1920 el 40% de las trabajadoras eran empleadas de cuello blanco: trabajaban en oficinas, eran maestras, dependientas... Sin embargo, esta asociación con el sector de los servicios hizo que cada vez las mujeres fueran menos relacionadas con los empleos productivos, lo cual provocó que se diferenciara más acusadamente los empleos que se denominaban femeninos de los masculinos.

Además, las condiciones laborales que sufrían las mujeres eran pésimas. Esta situación cambió a finales del siglo XIX, gracias en buena parte a la acción de los recientemente creados sindicatos diferenciados por sexos. Además, muchos empresarios se dieron finalmente cuenta de que no había diferencias entre el trabajo fruto de un hombre o una mujer, y dado que el salario de las mujeres era inferior, el número de trabajadoras aumentó considerablemente.

Paralelamente en la década de 1920 las mujeres blancas obtuvieron el derecho al voto en Estados Unidos, y aunque a nivel humano fue un logro muy importante, a nivel social este hecho tampoco cambiaría las cosas a corto plazo, pues durante décadas (y hasta la actualidad en muchos casos) se siguieron reproduciendo los mismos roles de género. Sin embargo, sí se dieron circunstancias que facilitaron el empoderamiento femenino: la disminución de los nacimientos, y la introducción de los electrodomésticos en los hogares de clase media, lo que permite a las mujeres dedicar menos tiempo a realizar las tareas del hogar.

2.3. HISTORIA DE LOS GRANDES ALMACENES Y EL TRABAJO DE LAS MUJERES ALLÍ.

La revolución comercial que se vivió en el siglo XIX fue una consecuencia directa de la Revolución Industrial. La fabricación masiva y a precios más bajos hizo necesaria la creación de nuevas formas de venta más rápidas y abundantes. Ello provocó que el comercio experimentase una gran transformación y modernización en muy poco tiempo. El éxito sería para aquellos que lograsen adaptarse a los tiempos y entender a sus clientes y los gustos de estos, para ofrecerles lo que necesitasen de la forma adecuada que les llevara a la compra.

Durante siglos los comercios habían permanecido prácticamente iguales, siguiendo las mismas formas de venta durante generaciones. Esto provocó que el negocio tradicional se quedara rápidamente anticuado ante el cambio de la industria a finales del siglo XVIII. Hasta la invención de los nuevos almacenes las tiendas siempre seguían el mismo patrón: establecimientos reducidos especializados en un sector no muy amplio de productos, y ventas locales. En el siglo XIX surgieron los primeros grandes almacenes, como grandes establecimientos en los centros de las ciudades, conteniendo distintas plantas y secciones dedicadas a cubrir una amplia gama de deseos y necesidades. La venta era más directa, competitiva y atractiva que en los negocios tradicionales. Además, factores como el desarrollo de las ciudades y los automóviles, e inventos como las escaleras mecánicas o el ascensor (que facilitaban la movilidad entre los pisos de la tienda), permitieron su consolidación.

Aunque se conoce la existencia de grandes comercios anteriores que se podrían considerar los precursores, como la Hudson's Bay Company de Canadá (inaugurado en 1670), el primer gran almacén que se puede llamar como tal fue el Bon Marché, abierto en la calle Sèvres de París en 1851. Algunos de los muchos cambios revolucionarios

que allí se introdujeron fue el marcado del precio en el producto, competir con los negocios tradicionales con políticas de bajo margen que lograban abaratar los precios para los clientes, y la libertad de que los clientes entraran y salieran del establecimiento cuando quisieran.

Además, otras características que hacían a este y a los grandes almacenes pioneros de la época totalmente innovadores fueron los siguientes: se podían cambiar o devolver productos sin penalización, se pasó de una venta negociada a una no forzada, en la que el cliente podía acceder al producto sin intermediarios, se cambió el foco de la venta, y esta y los servicios se volcaron hacia el cliente (“el cliente siempre tiene la razón”), y se pasó de tener las mercancías almacenadas a la espera de que el cliente las demandase, a exponerlas a la vista de forma atrayente, para que se vendieran por sí solas. Al mismo tiempo, la electricidad permitió abrir los comercios durante más horas, y el empleo de materiales como el hierro y el hormigón armado permitieron la creación de grandes vanos en las paredes, y espacios diáfanos en el interior. Se quería ofrecer al cliente una experiencia sensorial en la compra en estos establecimientos, por eso se cuidaba mucho la estética del edificio, se ofrecían espectáculos y exposiciones que entretuvieran al público, y se incluían facilidades como cuartos de baño para aumentar la comodidad y el tiempo de estancia de la clientela.

Durante la década de 1920, en la que está escrita y ambientada “Dulce hogar”, nació y se estableció el Art déco, un estilo que comulgaba a la perfección con el concepto de los grandes almacenes, y en el que fueron construidos muchos establecimientos en la época. El art déco surgió después de una guerra mundial y una pandemia (la gripe española, en 1918) como un estilo festivo y lujoso, que ambientaría los felices años veinte. Se crea en la decadencia del art nouveau, y se inspira en él, culturas exóticas (para los cánones occidentales), arte del pasado (como el egipcio, griego, maya, chino...) y la revolución

industrial sucedida en el siglo anterior, para crear un estilo sin reglas, que es lujoso o aparenta serlo, y es empleado en cualquier tipo de expresión artística (como el art nouveau, no se limita a la pintura, escultura y arquitectura, sino que acapara también el cartelismo, la joyería, el diseño de interiores, etc.), objetos de consumo (desde aparatos de radio, a coches), e incluso máquinas como trenes o transatlánticos. Además, como al mismo tiempo se está desarrollando la producción en masas y la sociedad de consumo, el uso de productos como el automóvil o las cámaras fotográficas se extiende a estratos cada vez más grandes de la población (clases medias y medias-altas, no a la clase obrera, que eran la mayoría), y el “lujo” que representa el art déco y todo aquello imbuido con este estilo, se extiende hasta ser más o menos cotidiano y universal. El art déco también acompaña al proceso de emancipación de la mujer, su carácter festivo favorece que empiecen a fumar, a manejar coches por sí solas, beban, lleven vestidos cortos sin corsé, etc.

Los grandes almacenes por tanto tienen mucho que ver con los “ideales” del art déco, favoreciendo la democratización de los bienes de consumo, y su distribución a lo largo de todo el mundo. Arquitectónicamente, tienen en común el uso de los nuevos materiales, los metales, la verticalidad de sus edificios, y el empleo de luces artificiales y útiles como el ascensor, como ya se ha mencionado anteriormente. Los Almacenes Willing, el establecimiento ficticio de la novela, no están construidos en este estilo, puesto que son anteriores a su surgimiento (se puede adivinar que fueron construidos a finales del siglo XIX o en los primeros años del siglo XX), pero sí comparten atributos propios del concepto original de este tipo de comercios, pues se trata de un edificio de varias plantas, de ladrillo, y con grandes vanos, escaparates, distintos departamentos con los productos a la vista del cliente y el precio indicado en ellos, y luz artificial.

Los grandes almacenes tendían a enfocarse al público femenino burgués, que había visto aumentado su nivel de vida en los últimos años. Los roles de género impuestos por la sociedad habían hecho a las mujeres responsables tanto de las tareas domésticas como de mantener un ornamento corporal. A medida que se desarrollaba el mercado de masas, las mujeres empezaron a buscar productos que les ayudaran con sus labores. Además, por parte de los gerentes de los grandes almacenes se realizaron grandes esfuerzos para que acudir a estos establecimientos a comprar no estuviese mal visto por parte de la sociedad (lo cual ocurría, y por ello se mandaba al servicio a hacer tales compras) sino que fuera lugares agradables y con cierto status.

La creación de los grandes almacenes tampoco estuvo exenta de una gran controversia. Por un lado, se convirtieron en uno de los símbolos de la nueva era en la que la sociedad occidental estaba entrando: industrial y capitalista. Pero por otro tuvieron grandes críticos, como los pequeños comerciantes, que argumentaban que los grandes almacenes suponían una competencia desleal. También los líderes sindicales se quejaban de estos nuevos tipos de establecimiento, condenando las condiciones de trabajo en ellos, y los moralistas denunciaban el empleo de mujeres y la distribución de publicidad decadente.

Un ejemplo de estas voces disidentes se puede encontrar en la novela, y en concreto en el personaje de Lester Knapp, que cuando todavía trabaja como contable en los grandes almacenes nos ofrece su opinión sobre este modelo de negocio. Lester critica a la vez el consumismo y el plan del dueño del comercio, que según él es “aprovecharse de uno de los más bajos instintos humanos –el deseo de bienes materiales- y alimentarlo, atizarlo, estimularlo... hasta que adquiera las monstruosas proporciones de una universal monomanía” (Dorothy Canfield Fisher, 1924: 69). Describe la técnica de marketing que utilizaba su jefe como el ejercicio de un cazador que quiere pillar desprevenida a su presa (las mujeres de la zona) para atacar en su punto débil: su afán de comprar cosas.

Lester recrimina tanto al dueño de los almacenes y los empleados el uso de estas tácticas, como a las clientas por caer en ellas. Sobre todo a las madres, a las que reprocha el poco interés que ponen en la crianza de sus hijos, comparado con el que muestran ante la visión de cualquier artículo expuesto en los escaparates del establecimiento.

La idea de los grandes almacenes viajó posteriormente de Francia a Estados Unidos, donde se inauguraron establecimientos tan consolidados que actualmente siguen abiertos: Macy's (Nueva York, 1858), Marshall Field (Chicago, 1865) y Wanamaker's (Filadelfia, 1876) entre otros. A principios del siglo XX los grandes almacenes estaban presentes no sólo en Francia y Estados Unidos, sino también en Reino Unido, Bélgica, Alemania, Australia y Canadá.

Por otro lado, la combinación entre la incorporación de la mujer al trabajo asalariado y el surgimiento de los grandes almacenes dio paso a un nuevo puesto de trabajo: las dependientas. Así como las mujeres burguesas acudían a los nuevos almacenes en busca de productos, aquellas que buscaban un salario a finales del siglo XIX acudían al comercio minorista, uno de los empleadores que más contrataba mujeres, y las que cumplían con los estándares étnicos y raciales que los gerentes preferían, eran contratadas.

Los principales motivos por los que se contrataban a más mujeres que hombres para ejercer de dependientes en los grandes almacenes eran económicos: había una gran oferta, y los salarios de las mujeres eran de menor cuantía que los de los hombres. Pero además, a nivel cultural y social, se consideraba que las mujeres sabían escuchar mejor, y eran más delicadas y pacientes con los clientes, lo cual facilitaba las ventas. Al mismo tiempo, los maridos de las clientas estaban más tranquilos cuando sus mujeres eran

atendidas por dependientas, ya que no estaba bien visto que una mujer fuese atendida por un dependiente varón. Por ejemplo, los grandes almacenes Marshall Field de Chicago empezaron contratando a mujeres para el departamento de *prêt-à-porter* y lencería, departamentos donde se tenía que arreglar la ropa para que le quedase ajustada a la mujer, y se prefería para asuntos tan íntimos la ayuda de una dependienta a la de un dependiente.

Entre 1850 y 1890 ya quedaban pocos comercios que no contasen con dependientas, aunque su presencia variaba mucho de unas a otras. En Estados Unidos el número de ellas pasó de menos de ocho mil a cerca de cincuenta y ocho mil entre 1880 y 1890. La venta entonces se estableció como una profesión femenina, con un porcentaje mayor de mujeres que trabajaban como vendedoras que en el resto de profesiones juntas.

Por su parte, los dueños de los grandes almacenes eran mucho menos selectivos en los procesos de contratación de las mujeres, porque creían que su trabajo sería a corto plazo (tal como se explicó anteriormente, la mayoría de las dependientas que se empleaban eran chicas jóvenes y solteras que se esperaba que pronto se casasen y se quedasen en casa cuidando de los hijos), y porque se suponía que dado que su carácter era menos beligerante y más paciente que el de los hombres, sus defectos de temperamento y fallos se podrían corregir con una disciplina estricta y multas económicas. Un ejemplo de la consideración que se tenía hacia la mujer en el trabajo en la novela lo formula, sorprendentemente, la esposa del dueño de los grandes almacenes, cuando están buscando a alguien que emplear en el puesto de jefe de tienda: “¿Por qué no probar con una mujer? Rinden más por el mismo sueldo. Se centran en su trabajo y no dan problemas. Y suelen tener el tacto necesario para no irritar a los clientes” (Canfield Fisher, 1924: 100).

En general, las condiciones en las que trabajaban los empleados eran bastante malas, con jornadas de hasta dieciséis horas, prohibición de sentarse, instalaciones sanitarias de poca calidad... En cuanto a la formación, creyendo que la mercancía se vendería sola por su calidad, apariencia y colocación, los gerentes apenas daban nociones de marketing o ventas a sus empleados.

Respecto a la relación entre los dueños de los grandes almacenes y los clientes, entre 1890 y 1960 se empleó el paternalismo de los primeros a los segundos como la principal forma de organización social. Los grandes almacenes eran a la vez seductores y didácticos, se encargaban de dar forma al gusto de los habitantes de la zona, mostrándoles a través de maniqués y habitaciones amuebladas los cambios de la sociedad de la época, y el estilo y las formas consideradas actuales y de buen gusto para ella.

Una de las principales funciones del paternalismo en los grandes almacenes era reforzar las jerarquías sociales y los roles de género de los que los comercios extraían sus ingresos. Los grandes almacenes dependían de la posición subordinada que tenían las mujeres (principalmente burguesas) en cuanto a los hombres en función del trabajo y del género. Se dirigían a ellas tanto a través de oportunidades de ocio, socialización y creatividad, como ofreciéndolas productos para el embellecimiento del cuerpo y las tareas domésticas.

En el estudio sobre el paternalismo en Estados Unidos en la década de 1970 que la socióloga Mary Jackman recoge en su libro "The velvet glove", la autora recoge que el paternalismo se define como el tratamiento de parte de los poderosos a sus inferiores de una forma afectuosa pero condescendiente. Mary Jackman argumentaba que "La práctica cotidiana de la discriminación no requiere sentimientos de hostilidad y, de

hecho, no es del todo difícil sentir cariño por aquellos a los que subordinamos, especialmente cuando el sujeto de nuestra dominación accede a la relación de forma complaciente” (Mary Jackman, 1994: 10).

Dos claros ejemplos del paternalismo hacia los clientes se pueden encontrar en las siguientes citas de la novela, enunciadas las dos por el dueño de los grandes almacenes: “Era el hecho de dar a toda aquella gente la oportunidad de satisfacer sus necesidades, de educarles para que aprendieran a desear cosas mejores. Él llamaba aquello una estupenda forma de hacer su pequeña contribución a elevar el nivel de vida americano” (Canfield Fisher, 1924: 109). Y: “Mi ilusión es que toda visita a nuestros almacenes sea tan educativa como puede serlo una reunión en una granja para tomar el té con las campesinas de la zona. Y quiero que cada compra que hagan en nuestra tienda esos mocetones de campo contribuya a quitarles ese pelo de la dehesa ¡que les sitúa en inferioridad de condiciones frente a los resabios engreídos de petulantes ratas urbanas!” (Canfield Fisher, 1924: 240)

En las relaciones entre los gestores y los empleados de los grandes almacenes era aún más evidente el trato paternalista. Se trataba a los trabajadores como seres a los que supervisar y por los que tomar decisiones. Y si bien el paternalismo lograba que se proporcionasen algunos servicios lujosos para los compradores, y prestaciones sociales para los empleados, tenía también un importante lado negativo. Para desviar las acusaciones de monopolio, materialismo y explotación hacia los empleados que les dirigían los críticos, grandes almacenes como los parisinos, o los americanos Eaton’s y Hudson’s Bay Company ofrecían unas de las mejores prestaciones laborales a nivel estatal, intentándose forjar una imagen de filantropía y benevolencia con sus empleados, y a la vez, una mejora de la imagen global de la empresa y de la lealtad y docilidad de sus trabajadores. Estas incluían planes de salud y jubilación, seguros de vida,

vacaciones pagadas, etc. Dentro de este trato, que asumía a los empleados como “hijos” de los empresarios paternalistas, las mujeres recibían un trato más infantilizante que los hombres.

Había empleadas, no obstante, que apreciaban los beneficios de esta forma de gestión, puesto que aunque sufrieran de sexismo, ofrecían programas de bienestar y ocio que no se daban en otros tipos de negocios.

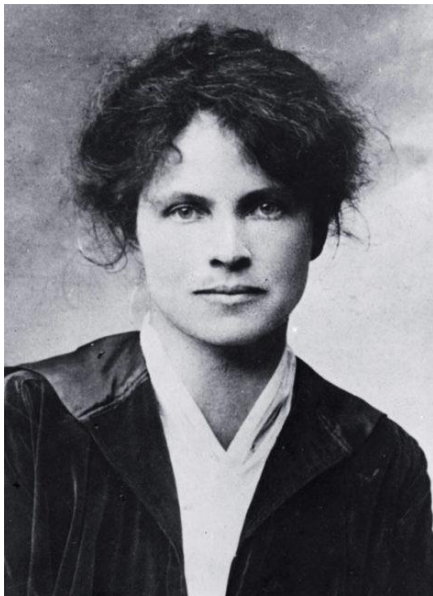
De nuevo, el dueño de los grandes almacenes de la novela nos ilustra este comportamiento de forma casi literal: “Pero quería persuadir a aquel pueblo de que los almacenes velaban como un padre por sus empleados” (Canfield Fisher, 1924: 103)

Otra de las consecuencias de la mentalidad de la época era la dificultad que tenían las mujeres para promocionarse y llegar a puestos de dirección. Sólo les era algo más fácil para la categoría de “Jefe de departamento”, en la que los porcentajes les eran un poco más favorables. Además, la suposición de que la mujer era inferior al hombre también afectaba a sus salarios, como se comentó anteriormente, que eran menores a los de sus colegas masculinos. La forma más usual de demostrar su descontento era abandonar el trabajo. Existía una rotación continua y habitual en los grandes almacenes, y muchas mujeres tenían diversos trabajos a lo largo de su carrera.

Finalmente, el libro también nos ofrece ejemplos de las técnicas de venta de la época, y su relación, nuevamente, con el paternalismo: por ejemplo, la importancia de ofrecer una experiencia de compra superior que los negocios más pequeños o enfocados a vender a precios bajos, que en el libro denuncian que se están haciendo con las zonas rurales. Frente a esto, los dueños de los grandes almacenes proponen la venta personalizada y el cuidado del cliente como método de atraer nuevos consumidores. El dueño de los grandes almacenes del libro lo manifiesta así: “Siempre he dicho que los

métodos de las tiendas de pueblo son el ideal al que hay que tender: se conoce personalmente a todos los clientes, sus gustos, sus necesidades y su cartera” (Canfield Fisher, 1924: 116). Y así la señora Knapp se encarga de averiguar el nombre, la renta y detalles personales de las clientas, para ofrecerles los productos que considera que realmente necesitan. Por último, esta cita resume a la perfección el modelo de venta y el paternalismo de los grandes almacenes: “-Mi ideal –dijo Jerome- es el servicio. Quiero convertir nuestros almacenes en un pequeño oasis moderno al alcance de la estupenda población americana que habita a nuestro alrededor. Quiero escoger para ellos lo más apropiado, aquello que ellos no serían capaces de escoger para sí mismos por falta de la formación adecuada. Con los modernos métodos con los que mi mujer y yo estamos familiarizados, un mayor volumen de ventas y mejores dependientes, incrementaremos no los salarios, sino las comisiones, de manera que podremos mantener una máxima eficiencia. Así podremos bajar los precios y poner a nuestra gente al nivel de la gente de las grandes ciudades. Y es que hace tiempo que pienso, señora Knapp, que el alarmante éxodo americano a las ciudades viene de un endémico sentimiento de inferioridad que desaparecería con la posesión de productos de calidad. Ya ve –dijo sonriéndole- que, al final, estaremos aportando nuestro granito de arena a los más altos intereses del país” (Canfield Fisher, 1924: 241).

3. CONTEXTO HISTÓRICO DE LA AUTORA Y RELACIÓN DE SU VIDA CON SU OBRA.



[[Fotografía de Dorothy Canfield Fisher.]], s. f.

Dorothy Canfield Fisher nació en 1879 en Kansas (Estados Unidos) en el seno de una familia de intelectuales: su padre era un profesor de economía y sociología y su madre era artista. Durante su infancia vivió en distintas ciudades de su país, allá donde iba cambiando de trabajo su padre. Además de visitar gran parte de Estados Unidos, Dorothy también tuvo la ocasión de visitar gran parte de Europa junto a su madre, que poseía un estudio en París para trabajar. Todos estos viajes despertaron el

interés por las lenguas de la niña (que ya de por sí tenía una vívida curiosidad y gran ansia de saber, y cuyo pasatiempo favorito era la lectura), y llegó a dominar cinco idiomas con fluidez. Durante su adolescencia además se adentró en el mundo académico y universitario, al acompañar a su padre a reuniones y cenas en las universidades donde este trabajaba.

Dorothy Canfield Fisher fue una de las primeras mujeres en ir a la universidad, y en 1899 se graduó en Francés en la universidad de Ohio, donde su padre ejercía de rector. Empezó sus estudios de doctorado en la Universidad Sorbona de París, y los acabó en su país natal en 1904. Aunque le fue ofrecido un puesto como asistente de un profesor en la Case Western Reserve University, por presión de sus padres, que no querían que su hija se alejara de ellos, lo rechazó y aceptó un empleo como secretaria en la Horce Mann School en Nueva York. Fue mientras ejercía este trabajo cuando empezó a escribir de forma más consistente (a pesar de que había ganado algún premio literario en su adolescencia y la universidad, nunca había considerado la literatura como su forma de vida). Publicó algunos relatos en revistas y su primera obra de no ficción, un libro de enseñanza llamado “Elementary Composition” junto a George R. Carpenter.

En 1907 se casó con M. John Fisher, un compañero de la universidad, al que la autora definía como un hombre muy culto y muy sensible, también amante de la literatura.

Establecieron su residencia en Arlington, ciudad del estado de Vermont, donde Dorothy había heredado una granja. Canfield había pasado en esa pequeña ciudad la mayoría de los veranos de su infancia, y la consideraba su hogar. Cuando era niña disfrutaba enormemente con la compañía de sus parientes más mayores, como sus abuelos y los hermanos de estos, y las historias que estos podían ofrecerla, y en su adultez amaba la tranquilidad que podía ofrecer la vida en el campo. Además, el contacto con la idiosincrasia de las ciudades pequeñas y sus habitantes le influenciarían mucho para sus posteriores novelas. Aunque esta fue su casa definitiva, el matrimonio siguió viajando, incluyendo una estancia en Francia de 1916 a 1918, cuando John Fisher se ofreció como voluntario para ayudar a los cuerpos sanitarios durante la Primera Guerra Mundial, y toda la familia se desplazó con él. Estuvieron dedicados a atender a los refugiados franceses de la guerra.

En Vermont, el matrimonio había planeado que los dos se dedicarían enteramente a la escritura, sin embargo Dorothy tuvo más éxito en tal empresa, y John Fisher se dedicó a partir de entonces a ayudarla en su carrera y a cuidar de la casa y sus dos hijos, Sarah y James. Aunque sus primeras obras no consiguieron vender muchos ejemplares, Dorothy se convirtió al cabo de no mucho tiempo en una escritora prolífica y bien considerada, tanto de obras de ficción como de no ficción. Con lo recaudado de su primera novela, "The Squirrel-Cage", fue de viaje a Roma, donde descubrió el método Montessori de enseñanza, creado por Maria Montessori, que la impresionó de tal forma que fue la encargada de trasladarlo a Estados Unidos, escribiendo numerosos manuales sobre educación de niños basados en dicho método.

La educación, que ya antes había sido uno de sus intereses más importantes, se convirtió a partir de entonces en primordial, y se dedicó a compaginar la crianza de sus propios hijos, y su vida personal y profesional como escritora, con iniciativas relacionadas con ella. Por ejemplo, en 1921 se convirtió en la primera mujer elegida presidenta del Comité de Educación Estatal de Vermont, que promovía la educación rural, y gestionó el primer programa de educación para adultos de Estados Unidos. Además, fue miembro desde 1926 a 1951 del comité de selección del Book-of-the-Month Club, la mayor empresa de suscripción mensual de libros de Estados Unidos en ese momento, que se considera que influenció en perfilar el gusto literario del país. En 1935 Eleanor Roosevelt la nombró una de las diez mujeres más influyentes de América.

En 1945 su hijo James, que servía como cirujano de guerra en Filipinas durante la Segunda Guerra Mundial falleció, lo cual afectó mucho a la autora.

A lo largo de su vida publicó cerca de cuarenta obras, incluyendo recopilaciones de relatos cortos, novelas, traducciones de libros italianos, literatura para niños, ensayos y obras de teatro. Vendió muchos ejemplares de sus obras, que se considera que ayudaron a millones de estadounidenses de clase media a formarse en cuestiones de crianza o el manejo del hogar. Fue una activista antibélica y por la educación, además de tratar en muchas de sus obras los roles de género y las expectativas de la sociedad en cuanto a las mujeres casadas. Su obra y las descripciones que contenía sirvieron de reclamo turístico para Vermont en la primera mitad del siglo XX, que sufría de éxodos hacia zonas más industriales. Murió en Arlington (Vermont) en 1958. A pesar del éxito que alcanzó en vida, después de su muerte fue bastante olvidada, hasta que se empezó de nuevo a investigar acerca de su persona a partir de los años ochenta.

Dorothy Canfield Fisher usaba muy a menudo su vida para basar en ella aspectos de su obra. En “Dulce hogar” podemos encontrar multitud de estas referencias. Por ejemplo, los personajes de su novela viven en una pequeña ciudad de un estado del que no se menciona el nombre, pero que sabemos que se encuentra próximo a Nueva York, tal como lo está Vermont, y pequeña también es la ciudad en la que vivía la autora. Los personajes, como ella, también parecen sentirse muy cómodos en este entorno. Como se ha mencionado anteriormente, es muy probable que la relación con la sociedad en la que vivía le sirviera para describir a los vecinos de esta obra, sus relaciones, y los papeles que jugaban cada uno dentro de su comunidad.

Sin duda el paralelismo más importante se produce en el cambio de roles de género que experimentaron tanto el matrimonio de los Fisher, como el de los Knapp (la pareja del libro). A principios del siglo XX era extremadamente raro que se desarrollara un fenómeno como este, y sin duda Dorothy, que a raíz de su experiencia se dedicó a tratar el tema en muchas de sus obras, lo consideraba algo que debía visibilizarse, para que las expectativas de lo que se suponía que debía hacer cada uno de los integrantes de la pareja no fueran tan herméticas. John Fisher, el marido de la autora, a quien esta describiría como una persona muy sensible y con gran gusto por la literatura (definición que coincide a la perfección con la de Lester Knapp), supo hacerse a un lado cuando su mujer despuntó más en la literatura que él, y se ocupó de darle un espacio para que

podiera trabajar, encargándose él del mantenimiento del hogar y la crianza de sus hijos. En el caso del matrimonio Knapp es un grave incidente el que les obliga a cambiar sus costumbres, pero al igual que en la vida de Dorothy, ambas aceptan con mucho gusto su nuevo papel en la familia, que en el caso de la novela, les lleva vivir notablemente más felices. En cuanto al ámbito familiar, también es común en la autora y Evangeline Knapp (y más tarde el marido de esta), la importancia de la maternidad para ambas. El personaje lo repite en su diálogo interno en multitud de ocasiones, y la autora afirmaba que lo más importante para ella, muy por encima de sus trabajos o proyectos, eran sus hijos.

Como la vida de Dorothy Canfield Fisher, gran parte de “Dulce hogar” gira entorno a la educación. La escritora era una gran defensora del Método Montessori, creado por Maria Montessori a principios del siglo XX. El método educativo propuesto por Montessori enfatiza la necesidad de favorecer el desarrollo natural de las aptitudes de los alumnos a través de la autodirección, la exploración, el descubrimiento, la práctica, la colaboración, el juego, la concentración profunda, la imaginación o la comunicación (Figueroba, 2021). Es un método muy distinto a la educación tradicional, ya que se basa en la voluntad y la curiosidad del niño, aplicadas en entornos muy estudiados, dándole herramientas para que desarrolle el conocimiento. Este método se imparte en espacios con un nutrido número de niños, agrupados por edades de tres en tres años, en los que los profesores se limitan a supervisar y a facilitar al alumno el descubrimiento en total libertad a través de materiales estudiados para su nivel de desarrollo.

Lester Knapp juega el papel del gran educador de la novela. Se trata de un hombre muy sensible y culto, que a causa de su rutina de trabajo, nunca podía estar mucho tiempo con sus hijos, y la tarea de la educación recaía principalmente en su mujer Evangeline, y claro está, en el colegio al que acuden, en el caso de los hijos mayores. La señora Knapp es una mujer muy práctica y disciplinada, pero a causa de su impaciencia natural, no es capaz de conectar con sus hijos, quienes en secreto, temen su carácter. Buen ejemplo de esto lo encontramos en Stephen, el hijo menor, quien la lleva la contraria a cada rato, y con quien se encuentra exasperada. Cuando el marido se debe quedar en el hogar, y ella salir a trabajar, los papeles cambian, y veremos cómo Lester desarrolla una enorme habilidad como educador. Es un hombre muy observador y pensativo, y bajo su punto de vista como narrador podemos ver cómo va entendiendo las personalidades de sus hijos, y ajustando la educación de cada uno a su nivel y sus necesidades. En esta trama

aplica la autora su conocimiento sobre el método Montessori, con el desarrollo de descripciones sobre cómo Helen, la hermana mediana, una niña de trece años, va descubriendo la literatura a través de inventarse rimas junto a su padre, o sobre todo el caso de Stephen, que todavía es muy pequeño para ir al colegio, y al que nos describe en varias ocasiones jugando solo, o siendo retado por su padre para que averigüe el mecanismo de un artilugio de cocina, por ejemplo.

En la novela también se introduce una crítica, poco velada, al sistema educativo tradicional. Así pues, cuando una amiga de la familia sugiere a Lester que trabaje en un empleo que no requiera del uso de las piernas, como la enseñanza, dada su afición a la literatura, como se mencionará a continuación, él la responde en estos términos: “¿Qué te hace pensar que en las universidades quieren profesores que adoren la literatura? Lo que quieren son profesores capaces de tener a los jóvenes sentados, bien quietos y escuchando, sin importar si vibran con lo que escuchan o no. Quieren a alguien capaz de “mantener el orden” y ejercitar alumnos en la memorización de datos para que puedan aprobar exámenes” (Canfield Fisher, 1924: 248). Este es otro de los múltiples ejemplos de que las cosas no han cambiado mucho en realidad en el siglo que ha pasado desde que se escribió la novela.

Finalmente, a través del libro la autora muestra su gusto por la literatura. Nuevamente, es a través del personaje de Lester Knapp como podemos ver esta conexión. Para empezar, porque el personaje estudio precisamente la carrera de Literatura, y sobre todo, por la gran cantidad de versos y estrofas de poemas de otros autores que la autora pone en los labios o el pensamiento de su personaje.

4. CONCLUSIONES.

Una vez se han desarrollado los puntos anteriores, ¿cómo es la representación en la novela “Dulce hogar” de la mujer en la sociedad americana de los años veinte, y su relevancia en el surgimiento de los grandes almacenes? La representación de esta realidad histórica en la novela, como ya se desarrolló en el primer punto de este trabajo, se concentra en el personaje de Evangeline Knapp, la abnegada ama de casa que debe abandonar su labor en el hogar, la cual detesta, por un trabajo como dependienta en unos grandes almacenes, cuando su marido sufre un accidente que le impide caminar. Entonces Evangeline deberá salir a ganar el sustento de la familia como dependienta de los grandes almacenes, trabajo que resulta ser algo que la apasiona, y la permite por fin realizarse, y en el que gracias a la confianza que los dueños del comercio ponen en ella, podrá ir subiendo en la jerarquía de mandos.

La novela pormenoriza cuestiones interesantes como pueden ser el estilo de marketing y de hacer ventas de la época (el cual podemos ver que es prácticamente igual al actual), los roles de género, modelos de crianza de niños... Si bien en algunos aspectos la trama da la sensación de estar demasiado idealizada (la buena disposición inmediata del marido a quedarse en casa ocupándose de los hijos, por ejemplo), el hecho de esta esté tan vinculada a la vida de la autora, y que la novela esté escrita en 1924 nos garantiza de alguna forma la veracidad del contexto histórico. Pese a esto, se ha contrastado la información de la novela con fuentes bibliográficas externas, empleadas para desarrollar el segundo punto del trabajo, mencionadas las principales en la metodología.

En cuanto al contexto histórico, podemos abordar la cuestión de la relevancia de la mujer en los grandes almacenes en los años veinte desde dos perspectivas: desde las clientas, y las empleadas. Para las clientas los grandes almacenes, aparte de fomentar su

consumismo, también supusieron una cierta libertad: era un lugar con el status suficiente para que pudieran ir solas, sin necesidad de que un hombre las acompañara, podían realizar actividades sociales y visitarlos suponía también un entretenimiento, y aunque al principio solo estaban destinados a la burguesía, mediante la venta en masa de productos que los grandes almacenes favorecían, poco a poco se bajaron los precios, y el lujo que antes suponía acceder a ciertos productos con el tiempo se fue democratizando, y otras clases pudieron comprar también en estos establecimientos. Para las mujeres asalariadas, o en busca de trabajo, los grandes almacenes también supusieron una oportunidad, puesto que eran los grandes empleadores de mujeres de la época. A pesar de las malas condiciones en las que los grandes almacenes mantenían a sus trabajadores, el paternalismo que empleaban con ellos, y las diferencias de sueldo según el género y la dificultad de las mujeres para subir en la escala jerárquica de los comercios, al llevar un segundo sueldo a sus familias, estas podían tener más recursos, y por lo tanto acceder a mejores niveles de vida, y al mismo tiempo las mujeres conseguían más libertades y derechos, demostrando que tenían la misma valía que los hombres, y que no debería haber tareas o papeles a desempeñar dependiendo del género. Las mujeres podían aspirar a otros modelos de vida aparte de ser madres de familia y amas de casa si es que así lo deseaban, y ganaron en independencia.

Para finalizar vale la pena reflexionar sobre el valor de novelar, poniendo como ejemplo el libro que nos ocupa. Dorothy Canfield Fisher, la autora, dedicó parte de su vida a hacer manuales y libros teóricos sobre cuestiones como la educación, por lo que si quisiera haber hecho un libro de no ficción sobre la emancipación de la mujer, la dignificación del trabajo del hogar, o los roles de género, habría contado con sobrada experiencia para poder hacerlo. Sin embargo, en mi opinión, resulta mucho más interesante que decidiese tratar estos asuntos en el formato de una novela. Para empezar,

porque es más fácil llegar a un público más amplio a través de un libro de ficción que de uno que no lo sea, por lo cual, a través de una novela las ideas modernas y progresistas de la autora podrán ser más difundidas. Además, al crear una historia con personajes, el lector tiende a conectar con las emociones de estos, y siente el conflicto de una forma mucho más empática, y vívida, desde el punto de vista de los personajes. Al trasladar la autora sus opiniones y experiencias a los personajes, podrá conseguir que el lector las sienta como algo mucho más familiar, o cuestiones sobre las que reflexionar a la par que la historia va siguiendo su curso, de forma mucho más orgánica que si fuera un libro de no ficción. A través de la novela, Dorothy Canfield Fisher pretendía entender su presente, pero al tratarse de una obra de alta calidad literaria, y al ser los argumentos y contenidos de tanta vigencia en nuestra sociedad actual (puesto que habla de aspectos permanentes de las relaciones humanas) la novela ha conseguido trascender el presente de la autora para llegar al nuestro, y seguir ayudándonos a comprenderlo.

BIBLIOGRAFÍA

Astorga Torres, I., & Aravena Burgos, F. (2013, diciembre). La emancipación política social de la mujer: “Europa y Estados Unidos como escenarios del movimiento femenino, 1789–1920”.

http://repobib.ubiobio.cl/jspui/bitstream/123456789/1223/1/Astorga_Torres_Ingrid.pdf

Consulta en línea 6 de mayo de 2021

Baripedia. (2020, 2 mayo). *La sociedad americana en la década de 1920*.

Baripedia.org.

https://baripedia.org/wiki/La_sociedad_americana_en_la_d%C3%A9cada_de_1920

Consulta en línea 16 de mayo de 2021

Belisle, D. (2007). Negotiating Paternalism: Women and Canada's Largest Department Stores, 1890-1960. *Journal of Women's History* 19(1), 58-81. doi:10.1353/jowh.2007.0004.

Benson, S. P. (1986). *Counter cultures: Saleswomen, managers, and customers in American department stores, 1890-1940* (Vol. 314). University of Illinois Press.

Champion, L., & Nelson, E. S. (Eds.). (2000). *American women writers, 1900-1945: a bio-bibliographical critical sourcebook*. Greenwood Publishing Group.

Club del lector. (s. f.). *Canfield Fisher, Dorothy* | *Club del lector*.
<https://www.clubdellector.com/autor/canfield-fisher-dorothy> Consulta en línea 2 de mayo de 2021

Evitdisplay (2017, 20 enero). Los templos del consumo. Nacimiento de los grandes almacenes en Gran Bretaña y Estados Unidos. WordPress.com.
<https://aparienciasurbanas.wordpress.com/2016/10/09/los-templos-del-consumo-nacimiento-de-los-grandes-almacenes-en-gran-bretana-y-estados-unidos/> Consulta en línea 4 de mayo de 2021

Edelman, E. (2018, 18 septiembre). *Dorothy Canfield Fisher* [Fotografía]. The Berkshire edge. <https://theberkshireedge.com/connections-54/dorothy-canfield-fisher/> Consulta en línea 4 de mayo de 2021

Ehrhardt, J. (2004). *Writers of Conviction: The Personal Politics of Zona Gale, Dorothy Canfield Fisher, Rose Wilder Lane, and Josephine Herbst*. University of Missouri Press. Consulta en línea 15 de mayo de 2021

Figueroba, A. (2021, 21 mayo). *Método Montessori: sus 8 principios educativos*. Psicología y Mente. <https://psicologiaymente.com/desarrollo/metodo-montessori> Consulta en línea 16 de mayo de 2021

France.fr. (2019, 29 octubre). *Art Déco: grandes almacenes majestuosos y funcionales*.
<https://es.france.fr/es/paris/articulo/art-deco-grandes-almacenes-majestuosos-y-funcionales> Consulta en línea 21 de mayo de 2021

Jackman, M. R. (1994). *The velvet glove: Paternalism and conflict in gender, class, and race relations*. Univ of California Press.

Just, P. M. (2021, 28 abril). *Arquitectura ART DÉCO: De El Señor de los Anillos al Gran Gatsby*. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=0DqP5NBuJFY> Consulta en línea 3 de mayo de 2021

Luis Sánchez, S. (2013). *Grandes almacenes comerciales y políticas de género de la empresa: el caso concreto de "El Corte Inglés"*.
https://gedos.usal.es/bitstream/handle/10366/122941/TFM_LuisSanchez_Grandes.pdf?sequence=1&isAllowed=y Consulta en línea 18 de mayo de 2021

Madigan, M. J., & Fadiman, C. (1993). *Keeping Fires Night and Day: Selected Letters of Dorothy Canfield Fisher*. Columbia: University of Missouri Press. Dorothy Canfield Fisher, 123.